

Reconociendo a Cristo en nuestros prójimos

En tus manos | *Arzobispo Robert G. Casey*

Recientemente viajé a Washington, D.C., para abogar por nuestra comunidad haitiana ante miembros del Senado de los Estados Unidos y sus respectivos equipos. Organizado por la Conferencia de Obispos Católicos de Estados Unidos, el evento reunió al Cardenal Chibly Langlois de Les Cayes en Haití, al Arzobispo Wenski de Miami, al Obispo Fabre de Charleston, SC, al Padre Jazon, un sacerdote haitiano de Camden, NJ, y a mí. Pasamos el día conversando sobre la realidad actual que enfrenta la comunidad haitiana, tanto aquí en los Estados Unidos como en Haití. El tiempo que pasamos juntos me abrió los ojos a la importante labor que nuestra Iglesia está llamada a realizar en este momento actual. Nuestro trabajo diario como discípulos de Jesucristo debe incluir dar voz a quienes no la tienen y acompañar a quienes sufren. Debemos reconocer a Jesús camino al Calvario, herido bajo el peso de la cruz cuando observamos a nuestros prójimos que luchan por encontrar su camino en el mundo actual.

Nuestro Señor nos instruye en el Evangelio de Mateo: “Cuando lo hicieron con el más insignificante de mis hermanos, conmigo lo hicieron” (cf. Mt 25, 40). San Pablo luego se hace eco de esta enseñanza en su carta a los Corintios, recordándonos que cuando un miembro sufre, todos sufren (cf. 1 Cor 12, 26). Nuestro discipulado da fruto cuando hacemos brillar la luz de Cristo sobre los sufrimientos de nuestros hermanos y hermanas, y cuando vemos la luz de Cristo resplandecer desde dentro de ellos.

Este equilibrio, entre ser Cristo los unos para los otros y ver a Cristo en los demás, encuentra una profunda expresión en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Lo que hacemos en la Misa, en memoria del gran sacrificio de Jesús, nos enseña y nos transforma. Cristo no solo está presente en la Hostia y en el Cáliz, sino que también se hace presente en su Cuerpo, la Iglesia. Unidos en la Comunión que compartimos, se revela nuestra dignidad como hijos e hijas de Dios y nuestra unidad como hermanos y hermanas en Cristo.

Ese día en Washington, D.C., concluyó con la celebración de una Misa con la comunidad haitiana. Esa tarde, el Señor estuvo verdaderamente presente en Palabra y Sacramento. Desde los maravillosos cantos hasta la poderosa predicación y las oraciones sinceras, no cabía duda de que Jesús estaba con nosotros en esa iglesia.

Tuve el privilegio de distribuir la Comunión esa tarde. Cuando la gente se acercó para recibir la Eucaristía, dije, como siempre, “El Cuerpo de Cristo”. Pero en ese momento, Jesús no estaba simplemente presente en la Hostia que sostenía delante de cada comulgante. Al pronunciar esas palabras, “El Cuerpo de Cristo”, Jesús se me reveló en los hombres, mujeres y niños que recibieron la Hostia. Mis palabras se convirtieron en una declaración de su identidad como pueblo transformado a través de la Eucaristía. Pronto me encontré con el desafío de Cristo: “¿Me reconoces verdaderamente presente en las personas que te rodean?” Al igual que a San Pedro, Jesús me preguntó: “¿Me amas?”. Y al pronunciarse la palabra “amén”, hubo un “sí” profundo y duradero en ese momento de Comunión.

Lo que viví aquella tarde con la comunidad haitiana expresa mi esperanza para nuestra familia de fe cada vez que nos reunimos para la Eucaristía. Que la gracia de la Eucaristía entre en nuestros corazones, inspirándonos a ver que toda persona posee una dignidad inherente como hijo de Dios. Que el alimento de la Eucaristía nos fortalezca para nuestro trabajo diario, sabiendo que cuando ayudamos a alguien necesitado cuidamos directamente de Cristo. Que nuestro “amén” en ese momento de la Comunión sea un “sí” al llamado de Cristo a amar a nuestros prójimos, incluyendo a aquellos que son diferentes a nosotros, a los extraños, a los marginados e incluso a nuestros enemigos.